

Palabras de Susana Chillida en el homenaje a
Eduardo Chillida con motivo
del décimo aniversario de su muerte

*Introductory remarks by Susana Chillida
in honour of Eduardo Chillida
on the tenth anniversary of his death*

Susana CHILLIDA

Si alguien me llega a decir que el llamamiento que publiqué en la prensa en 2011 iba a tener tanta respuesta quizás no lo hubiera creído. Y sin embargo es cierto. ¿Quién quiere a Chillida? me preguntaba entonces ante el cierre del museo, y hoy sé, porque así se ha demostrado, que mucha gente quiere a Chillida, y no sólo a su obra sino a su pensamiento y a su persona. En mi nombre y en representación de la familia, no puedo otra cosa que agradecer de corazón a todos cuantos han dado su voz en actos de distinta índole organizados en su memoria durante el año en que se cumplía el décimo aniversario de su muerte.

Pienso en el simposio de Berlín, donde alerta con todos mis sentidos atendí a una lengua de la que me llegaba exclusivamente el ritmo y el aroma; en el libro “Cien palabras para Chillida” en que quedaron recogidos múltiples testimonios que nos lo volvieron a pintar como alguien casi vivo entre nosotros; en las 86 voces del Orfeón Donostiarra que nos elevaron a todos los asistentes en un *Chillida Leku* muy “vivo” y rebotante de afecto; o en el generoso homenaje de la Facultad de Filosofía que hoy nos ocupa y que dejó patente la brillantez de su pensamiento y de su obra.

Dudo equivocarme si digo que las jornadas que transcurrieron entre la Facultad y *La Casa Encendida* en noviembre de 2012 querían festejar al artis-

ta, al pensador, y al ciudadano libre y comprometido que fue Eduardo Chillida para llamar la atención sobre la grandeza de su obra ante las jóvenes generaciones. Gabriel Celaya lo llamó ingeniero de sueños. Y hoy el mundo necesita sueños grandes.

Quizás a alguien como Chillida –incapaz de arredrarse ante la dureza de un material– podría pasarle desapercibido lo que de extraordinario tuvo ese homenaje “forjado” con presupuesto cero en tiempos tan difíciles. Y sin embargo no deja de ser una hazaña el que un buen número de estudiosos de la filosofía, el arte, el psicoanálisis, la arquitectura y la poesía se unieran desinteresadamente para contribuir a que su figura pueda seguir siendo un referente en el devenir de la cultura contemporánea.

Como hija, soy testigo privilegiado de la clara continuidad que se daba en Chillida entre su quehacer artístico y su vida. En ambos campos buscaba y conseguía sencillez y hondura, peso y levedad, un juego de opuestos fecundo. En su obra mora, al fondo y en el centro de todo, el espacio, el tiempo, la materia, el vacío; y aún más al fondo, más rápido que todo, y aún más profundo, el espíritu.

Amante de la naturaleza, la contemplación y la escucha, la obra de Chillida es toda construcción y poesía. Apenas hay materia con la que no se atreviera: yeso, hierro, alabastro, madera, granito, tierra, papel, hormigón, porcelana, oro, fieltro pasaron por sus manos firmes y a cada una escuchó para dejarnos oír su voz. El papel es papel que se muestra en texturas, la piedra es piedra que nos hace ver montañas y, aunque el hierro grita, él lo forja al rojo vivo, luego vendrá la calma. Cada obra suya es única, no hay moldes ni medidas precisas, sólo una lucha personal, una aventura, y ese poso de armonía y equilibrio que dejó plasmado en “formas” que llegaron a “hablar” al mundo.

Porque eso es lo que buscó en vida este escultor afable, valiente y coherente que fue mi padre. Chillida creía en las gentes. “Lo que es de uno es casi de nadie”, decía, y puso especial afán en la obra pública: Peine del Viento, Elogio del Horizonte, Monumento a la Tolerancia, Casa de Goethe, Lugar de Encuentros... Le importaba la vida de las ciudades. Le importaban la verdad, la justicia, la igualdad. De ahí que proclamara “El horizonte es la patria de todos los hombres”. Como bien resaltaba en un reciente artículo Fernando Savater, Chillida fue un vasco que jamás dudó en posicionarse frente a la violencia: “Un hombre, cualquier hombre, vale más que una bandera, que cualquier bandera”, dejó dicho, y la suya fue siempre una presencia sólida del lado del amor, la cultura y la solidaridad, valores que sin duda hoy hay que afianzar.

Mi agradecimiento especial a Ana María Leyra, Ricardo Pinilla, Eduardo Chamorro, Ana María Rabe, y al decano Rafael Orden, sin cuyo entusiasmo

las ponencias que hoy presentamos no hubieran existido. Gracias especiales también a José Guirao, a *La Casa Encendida* y a toda su plantilla; sin el generoso acogimiento que dieron a la iniciativa, la diversidad de público interesado en la cultura a quien llegó el mensaje no hubiera sido posible.

Y para acabar sólo decir que para mí, y para aquellos de mi familia que pudieron asistir, fue un honor recibir el homenaje que entre todos se dio a nuestro padre. Como cineasta, quedo plagada de imágenes que sin duda perdurarán en mi memoria. Quiera el destino que tanta generosidad como he visto reflejada este año dé el fruto deseado. El futuro de *Chillida-Leku*, ese hermoso lugar de naturaleza donde quiso que perdurara su obra, sigue abierto a la esperanza. El mundo no puede, no debe, –ni aún en tiempos de penuria– prescindir de la cultura. El pensamiento y las artes son y serán siempre necesarios. Pura vida.